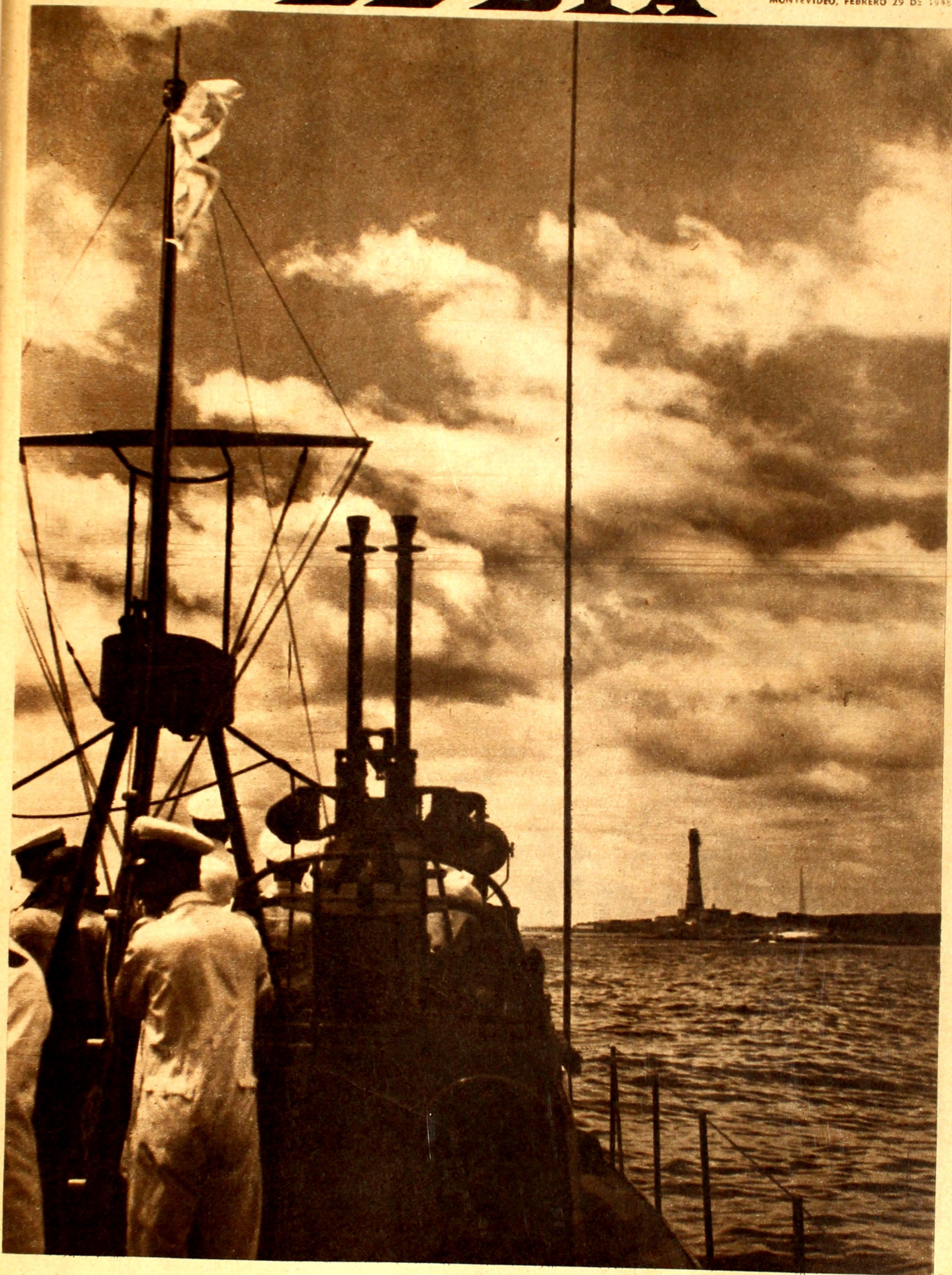
AÑO XVII — Nº 789

EL DIA

MONTEVIDEO, FEBRERO 29 DE 1948



ISLA DE LOBOS.

Vista desde la torpedera de la armada que la bordeó en una reciente expedición, se destaca el faro de 66 metros de alto y a la derecha la torre de emisiones para los navegantes, estando dotado además de una sirena de aire, medidas de seguridad que hacen necesarias esta accidentada zona atlántica. — (Foto Juan Caruso):

Ceremonial de la trasmisión de mando presidencial en el Palacio de Gobierno. El Sr. Tomás Berreta firmando el acta.

EVOCACION DE DON TOMAS

DE Don Tomás Berreta, nacido el 22 de noviembre de 1875 y fallecido el 2 de agosto de 1947, se ha dicho y escrito en todos los tonos a propósito de su modesto origen; de su paulatino y firme andar por los caminos de la lucha cívica — desde los albores de nuestra civilidad batllista hasta la culminación en la Presidencia de la República en donde lo abate la muerte en el momento de su más alta popularidad.

Todos los elementos de expresión moderna, en el mundo entero —sin hipérbole— registraron el inusitado acontecimiento, y de la manera inquieta, espontánea, urgida como había vivido el hombre, el comentario hecho en torno a su muerte echó la base de su historia.

El tiempo pasará y cuando en la serena meditación de los archivos, actores y comparsas de este drama atormentado que vivimos en un siglo fecundo —exaltación del hombre en el vuelo fantástico de su inteligencia, gloria y horror, — no seamos sino sombras vagando en la inmensa vastedad del recuerdo marcando cada una, apenas, en su vuelo silencioso y sin pausa, la presencia de sus virtudes intrínsecas —virtud del sentido humano; virtud de la buena intención en permanente ejercicio; virtud de la sencilla vocación por el bien— Berreta



El Sr. Berreta y el Sr. Dawson en el Waldorf-Astoria Hotel, de Nueva York.

será, para el análisis de quien haga de la historia cátedra de ejemplos, un espécimen interesante.

No conocimos un hombre más desposeído de vanidades mundanas; ni tampoco quien hubiera tomado más a pecho los problemas del país.

En largos años de convivencia tanto en el ajetreo político-electoral; en el proselitismo —que realizaba con fino sentido; — en los afanes de la conspiración contra las dictaduras como en los días de las grandes realizaciones gubernativas; igual que en medio de la sutil trama de los problemas de hombres y partidos, lo mismo que en las altas dignidades de la primera magistratura, lo oímos y lo vimos preocupado hondamente por esos problemas y por los que afectaban personalmente a quienes llegaban hasta él.

Nunca oímos ni percibimos, en cambio, de su parte, nada que señalara, en un solo momento, cualquier preocupación por lo suyo. Ni por su patrimonio ni por su salud.

Berreta es una fuente de ejemplos y el más extraordinario de todos es el de cómo puede un hombre recorrer un camino tan largo y tan honroso y de tan útil trayectoria para su país, con la suprema virtud de una perseverancia sin fatiga y una fe sin vacilaciones.

Tenía la perseverancia de quien siente la responsabilidad de un deber a cumplir y la fe en las virtudes de nuestra democracia que había presentido noble y llena de posibilidades fecundas a través de Batlle; que había contribuído a formar y a afirmar junto a Batlle y que sintió gravitando sobre su destino cuando desaparecido Batlle, ya tenía él volumen y perfil de conductor de partido.

La vida de Berreta político y gobernante, en las expresiones de su exterioridad, se parece, desde luego, a la vida de tantos hombres que han sido encumbrados por la justa preferencia de sus pueblos; pero, lo íntimo, lo palpitante, lo hondo, simple y claro, de fácil percepción comprensible de su vida —motor de su grande impulso— está en el hombre; en el mano a mano de sus horas y de sus días plenos de un sentido patriarcal.

Pensamos y ya lo demostraremos largo y tendido, que Berreta tenía el aglutinante de Fructuoso Rivera, su atracción, su simpatía de viva entraña criolla contenida y dignificada en el principismo intrasigente de Batlle.

La personalidad de Berreta es una fuente de ejemplos extraordinarios.

Por el influjo de aquella atracción y por el ejercicio honrado de este principismo, el postrer contacto con su pueblo en una luminosa mañana de agosto hizo decir a Georges Duhamel: "Teníamos el sentimiento que el cuerpo mismo del viejo servidor de la patria, se había confiado a la multitud que le pertenecía y que ella le hacía escolta... Muy raras veces he presenciado, a todo lo largo de mi vida errante, ceremonia más grandiosa y humanamente sencilla..."

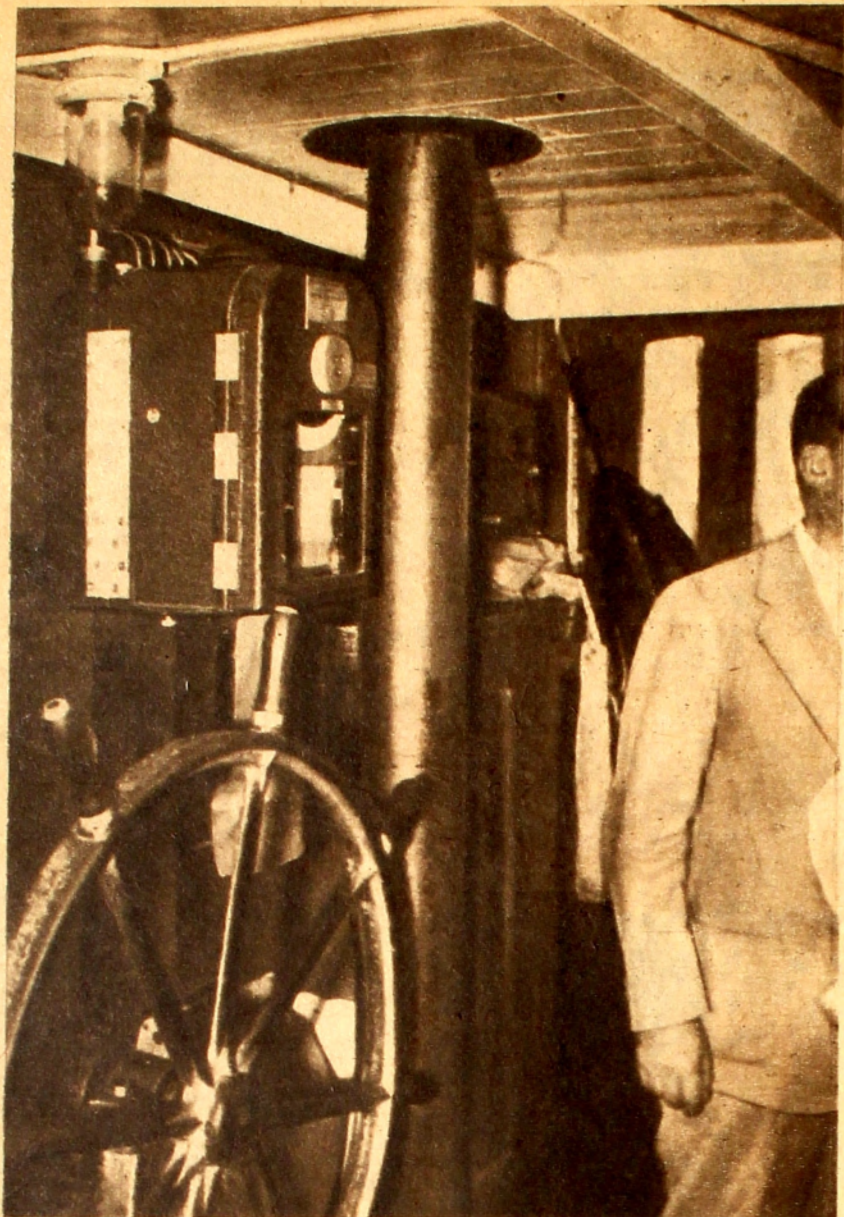
Quede aquí pues, con motivo del primer aniversario de la asunción del mando por el Presidente desaparecido, tan esperanzadamente rodeado en esa circunstancia, esta nota que hacemos en el plano de esa íntima visión del hombre cuyo recuerdo nos envuelve en la nostalgia de su partida sin consuelo y cuyo ejemplo cívico y humano puede constituir, proyectado sin artificio —como él lo viviera— alta tribuna de doctrina y oportuna mención.

Alfredo LEPRO.

Montevideo, 1º de marzo de 1948.



Llegada del Sr. Berreta a Miami acompañado del entonces senador Sr. Luis Alberto Brausse, y la señora Berreta de Giampietro.



El pesquero noruego "Hinden", contratado por la "Cía. Pesquera del Uruguay" viene provisto de los más modernos implementos. En esta vista de la timonera puede apreciarse, sobre la rueda del timón, el registrador gráfico del "Hughes Echo Sounder", detector acústico que permite tomar profundidades, dando perfiles de fondos, proximidad de costas u obstáculos en el agua y la presencia de cardúmenes y bancos de peces.

INDUSTRIA PESQUERA

LA existencia de nuestra riqueza pesquera es una verdad axiomática conocida desde tiempo inmemorial, que ha dado oportunidad a infinidad de iniciativas y ensayos de los cuales muchos tuvieron éxito duradero. El más antiguo y, a la vez uno de los más importantes pese a su antigüedad, fué el establecimiento en el puerto de Maldonado, en 1790, de la llamada "Compañía Marítima" destinada a explotar nuestra riqueza ictiológica con la ayuda de gran capital particular y estimulantes franquicias, compañía que llevó a un nivel de bienestar permanente, que no han vuelto a experimentar desde entonces, a las poblaciones del Este de la República.

"Proponiéndose estimular la pesca de la ballena y otros peces, ensayada con mal éxito por el erario público diez años atrás en las costas patagónicas, dice un autorizado historiador nuestro, la Corte había sancionado en 1789 los estatutos de una Compañía Marítima, con destino a explotar dicha industria en los mares de su dominio.

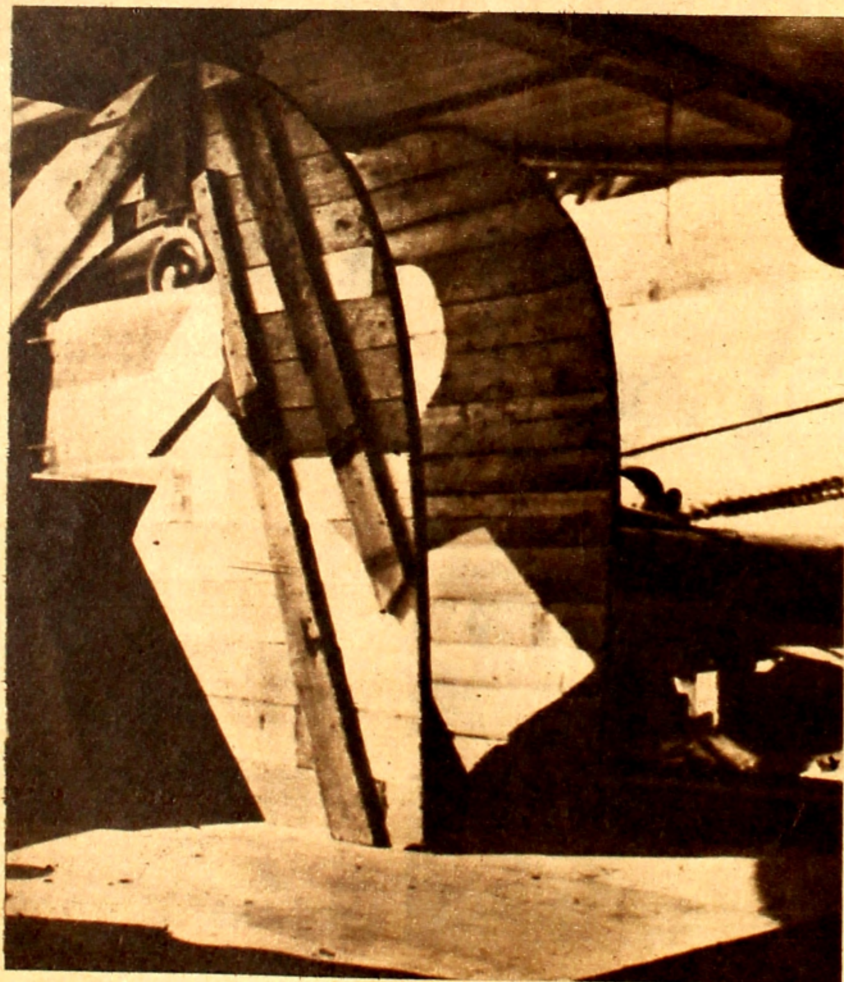
El fondo de la Compañía era de 6.000.000 de reales distribuídos en acciones de 1.000, y sus privilegios principales la venta exclusiva de sus productos en Africa y América, la recluta de familias peninsulares para formar colonias en las costas americanas, el empleo indistinto de operarios de todas las procedencias, y la indicación de los puertos que debieran habilitarse bajo el título de *Menores*, para favorecer un intercambio local con la Metrópoli que estaba exento de toda contribución y derecho, incluso el de alcabala. Estas liberalidades, a más del amplio beneficio que aportaban a sus operaciones, permitieron desde luego a la Compañía enrolar en su servicio arponeros y pescadores ingleses y americanos, y marinería del mismo origen para engrosar la tripulación de sus barcos. Estableciéronse las familias de muchos de los enrolados en los puertos de escala, y ese aumento de población, agregado al comercio de retorno, que se verificaba con los productos del país, revivió diversas localidades..."

Si las preocupaciones religiosas no hubieran venido a interrumpir su creciente prosperidad es de creer que esta Compañía, implantada sobre tan inteligentes y bien estudiadas bases, habría significado con el tiempo uno de los más decisivos factores de progreso para las tierras uruguayas, destándonos de ese espíritu marinero o costumbre del mar que, con el aumento de población y de las exigencias de las necesidades siempre incrementadas de la misma, aparece, cada vez más, como evidente defecto en el armónico desenvolvimiento de nuestra nacionalidad y de nuestra realidad económica.

Desde entonces, 1790, al día de hoy, las tentativas de emprender la explotación del mar en condiciones de gran proyección comercial, industrial, con suficiente facilidad oficial y en condiciones técnicas adelantadas en relación a la época en que se realizaron los esfuerzos, han sido pocos y su fracaso se ha debido siempre a tres principales factores perfectamente determinados, que se han mantenido casi constantes a través del tiempo: la inexistencia o impropiedad de las medidas oficiales de protección que han hecho inatractivas las condiciones de explotación pesquera para los capitales particulares, evitando la radicación de los extranjeros y siendo causa del desinterés de los nacionales frente a disposiciones inadecuadas o inoportunas; la limitación y desorganización de las capitalizaciones destinadas particular u oficialmente a la captura e industrialización de la materia prima y, por último las deficiencias técnicas de las plantas y materiales marítimos y terrestres destinados a la industria, factor que puede ser considerado en algunos aspectos como derivado del anterior.

Paralelamente la falta de estudios científicos correlacionados y continuos respecto a la población de nuestro estuario y aguas atlánticas adyacentes, así como el casi absoluto desconocimiento del régimen seguido por la fauna marítima en sus migraciones, dificulta y, hasta casi diríamos que imposibilita el feliz éxito de los empeños particulares y oficiales y hace ilusorias las esperanzas de una permanente implantación de industrias pesqueras capaces de adquirir un significado nacional e internacional y constituir emporios económicos de valor social y técnicamente formativos.

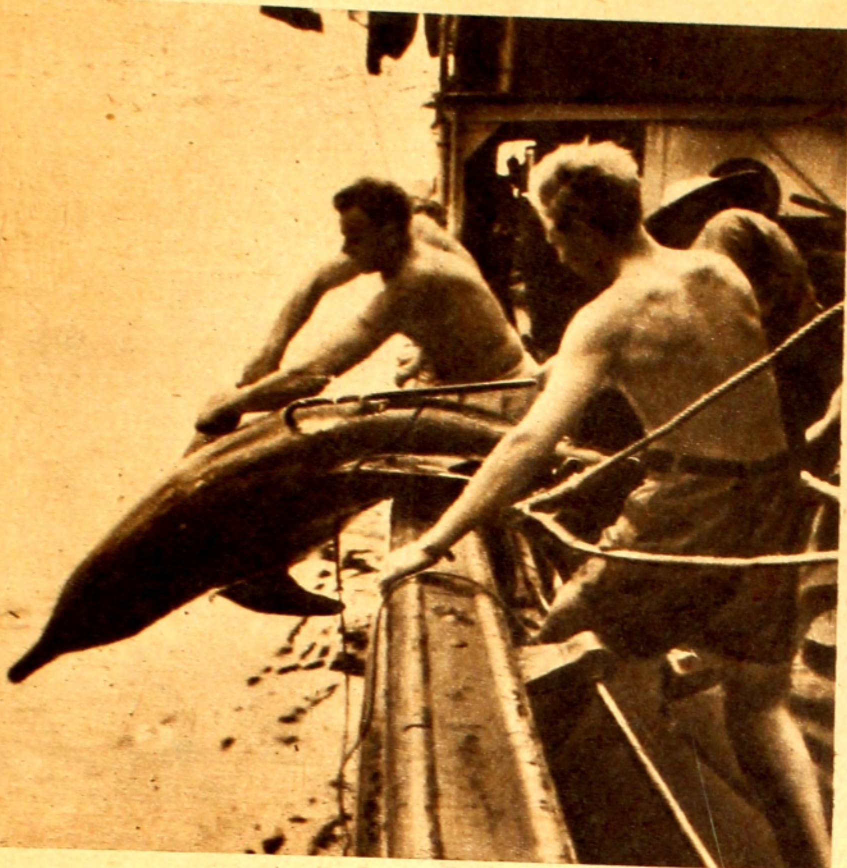
Mientras la industria internacional permaneció en estado rudimentario los pescadores nuestros, del siglo pasado, pudieron conservar el mercado nacional, pequeño y reducido, y aún exportar alguna cosa, defendiéndose con sus redes menores, sus embarcaciones a vela, sus lanchas costeras, su laborado patriarcal, familiar o de pequeñas sociedades, pero al comenzar el siglo pre-



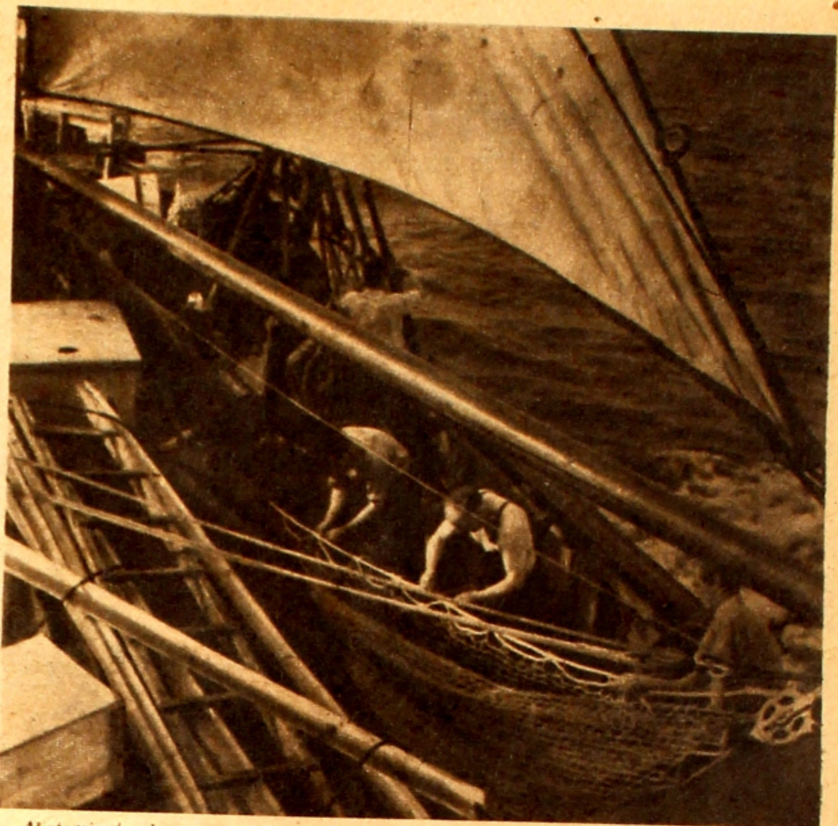
Este raro aparato en construcción permitirá lanzar y recobrar rápidamente y con cualquier mar enormes espineles destinados a la pesca del tiburón. Según las circunstancias estos espineles pueden tener hasta mil grandes anzuelos cada uno, echándose muchos en líneas paralelas.



La tripulación con las familias del Capitán y del Contramaestre que hicieron toda la travesía.



Pesca de delfines. El delfín es un pez aprovechable que esporádicamente suele abundar sobre nuestras costas.



Alistamiento de una gran red a la sombra de la vela de ésta. El "Hinden" tiene buenos motores pero la braveza de los mares que debe afrontar para la caza de peces hace útil la presencia de velas que ahorran combustibles y le dan estabilidad en la mar gruesa.

sente esa industria hermana del artesanado, no pudo ya hacer frente a los métodos de producción técnicamente especializados y si la iniciativa particular no supo superar las circunstancias, la legislación nacional tampoco estuvo a nivel suficiente para preservar a tan importante renglón, de los embates de la competencia externa. A medida que transcurre el tiempo el problema se vuelve más engorroso y difícil y parece que todas las iniciativas estuvieran destinadas a no prosperar.

Pero, estudiando las razones que imposibilitaron el éxito, o lo dificultaron, de tantas empresas que le antecedieron en su empeño de formalizar un resultado sólidamente duradero, la "Cía. Pesquera del Uruguay" que ha contratado directamente la venida del pesquero "Hinden", consideró que si hacía llegar a su servicio una nave absolutamente moderna y completamente equipada de los más variados implementos patentados y ensayados en los mares del Norte, y tripulada con especialistas capaces no solamente de utilizar esas artes sino de levantar sus propias cartas de pesca, de que nuestro país carece, efectuando todo ello al mismo tiempo que procedía a industrializar cualquier especie que se presentara a la proa de su buque a cualquier profundidad y a cualquier temperatura, a indistinta longitud o latitud, se podría contar con magníficas probabilidades de tonificar una industria que está aún en declive en nuestro medio, por circunstancias ajenas a su verdad intrínseca.

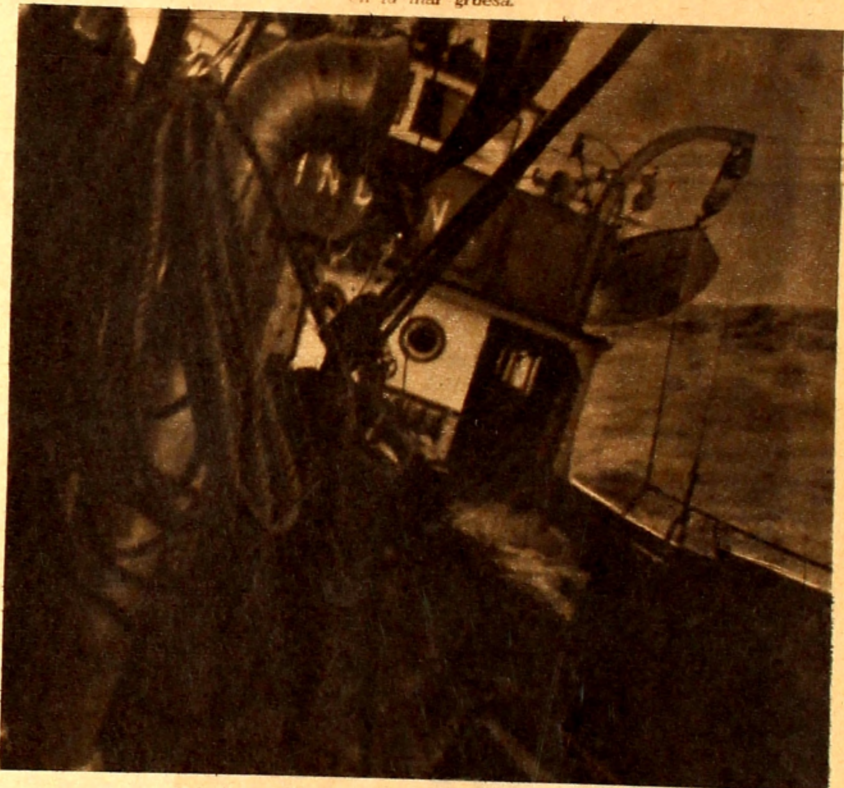
El Hinden es la más moderna célula de industria pesquera que se ha podido obtener en puertos de los fríos y legendarios mares del Norte noruego donde la pesca es en notable porcentaje la base de la industria y la alimentación nacional, al extremo de que por tal consideración está legalmente prohibida la exportación de barcos pesqueros, circunstancias que han dificultado enormemente la contratación y el cambio de bandera que ha sido realizado finalmente, hace algunos días, poniéndose así al servicio de la marina mercante uruguaya, una unidad de excepción de la que se esperan los más halagüeños resultados.

La compañía contratante tiene planes de aspectos nacionales respecto a este calificado ensayo que realiza con el "Hinden" pues espera poder efectuar un contrato definitivo haciendo radicar en el país a esta valiosísima colonia de expertos noruegos formada en las escuelas navales noruegas de pesca, y a sus familiares, dando con ellos principio a una colonización industrial de alta técnica en nuestras playas, al mismo tiempo que a la formación, por inclusión entre ella, de técnicos criollos, aspectos que ya tienen principio por haber pasado a formar parte de la tripulación el porcentaje de pescadores uruguayos que especifica la ley.

Es posible que en algún artículo venidero demos entrada a algunos detalles de índole técnica que, por razones de espacio, dejamos hoy fuera de estas columnas.

Mauro **BARDIER INDART.**

Febrero de 1948.



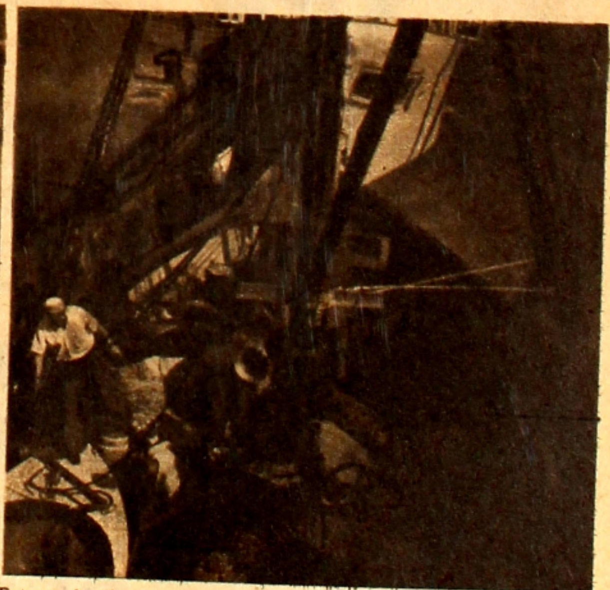
Un bandazo. Mar bravo al Sur del Brasil durante el viaje de Oslo a Montevideo.



Para pescar ciertas especies se necesita buena vista y excelente puntería. Los dos delfines que se ven sobre cubierta han sido cobrados con los modernos fusiles, que aún empuñan estos pescadores, que disparan dardos de unos ocho milímetros de diámetro.



Estos pueblos, marinos desde que la Historia los recuerda, conservan sus costumbres por tradición y por necesidad. La travesía de la línea ecuatorial requiere ser celebrada con los extravagantes ritos de Neptuno.



Estupendo "bric a brac" marinero. El "Hinden" (la Cierva) viene repleto de artes de pesca noruegas, americanas, etc., absolutamente nuevas. Todas ellas serán experimentadas en nuestras costas.



Esquicio del cuadro "Juramento de los Treinta y Tres". Litografía A. Hequet.

70º Aniversario del "Juramento de los Treinta y Tres"

POR febrero de 1878, la notoria animación reinante en las proximidades de la calle Soriano a la altura de Arapey — Río Branco, ahora — decía a los transeuntes capitalinos que algo alteraba la ordinaria vida pacífica del barrio.

Con un poco de atención podía deducirse luego no más que una casa de la primera de las calles tenía algo que ver con el continuo movimiento de gente.

Precisamente la casa era donde vivía el famado pintor nacional Juan Manuel Blanes.

Allí, en edificio de bajos, sin pretensiones, en la vereda norte, residía y tenía su estudio el artista uruguayo cuya fama rebasaba ya, y con sobra de motivos, las fronteras patrias.

Y en el estudio estaba expuesto por esos días, un nuevo gran cuadro histórico, debido al pincel maestro que venía a agregar un nuevo lauro a la corona del pintor americano que ceñía su cabeza.

Desde el 2 de enero — fecha en que el nuevo cuadro fué "despejado" — la palabra es de los cronistas contemporáneos — con la presencia del coronel Lorenzo Latorre, Gobernador Provisorio de la República y su comitiva oficial, una multitud interminable desfilaba a diario por el taller, donde el cuadro "Juramento de los Treinta y Tres" ocupaba con sus aventajadas dimensiones la pared principal.

Día hubo en que el número de personas llegó a mil, cifra que es preciso calibrar en el Montevideo de hace setenta años para darse exacta cuenta de su significado real.

Admiradores de Blanes, descendientes y deudos de los personajes integrantes del episodio histórico, corporaciones oficiales, sociedades particulares y el corriente público renovaban a porfía los elogios y las felicitaciones al artista, traducidos en coronas y ramos de flores con lazos de los colores nacionales e inscripciones adecuadas.

La prosa de los entendidos y de los aficionados — y esto lo escribí yo en mi libro sobre Blanes publicado en 1931 — por su parte, llenaba macizas columnas de los diarios de entonces, en ponderación del que se proclamaba "cuadro-poema".

Tocados en la fibra íntima, vates —más o menos tales — y rimadores, empuñaron sendas liras, llenando de estrofas los cotidianos y las revistas.

De esta abundante literatura casi toda sin valor, sólo han sobrevivido la carta que en fáciles y oportunos versos criollos escribió José Hernández al pintor, desde Buenos Aires, los cuales llevan fecha 20 de agosto y principian de este modo: "Amigo Don Juan Manuel — Me alegro mucho que esté — sano del copete al pié; — Y dispense si en su carta — Algún disparate ensarta — Este servidor de usté".

Un sentimiento nuevo parecía haber señoreado los espíritus ante la composición patriótica de Blanes.

El cuadro de La Fiebre Amarilla había entristecido, el Fusilamiento de José Miguel Carrera había conmovido, el Juramento de los Treinta y Tres despertó el entusiasmo nacional.

*

Hacia mucho tiempo que Blanes tenía metido en la cabeza el proyecto de pintar un gran cuadro de historia nacional, pero siendo — como fué toda su vida — hombre muy personal en sus cosas y propenso a la indecisión, a fuerza de cavilador y desconfiado, los años iban pasando sin resolverse por tal o cual tema.

Fué recién en 1874 cuando, según parece, el pintor afirmóse en la idea de inmortalizar con pincel sabio, un episodio de la expedición libertadora del año 25.

La hazaña heroica de los cruzados de abril ofrecía amplio margen para una gran composición, pero — y lo sabemos por palabras de Blanes mismo — un problema nuevo vino a planteársele de improviso.

Aceptado el tema en principio, vale decir, resuelto que Lavalleja y sus destemidos compañeros fuesen los personajes del cuadro, cual era el momento en que hermanadas la historia y el arte respaldaran con mayor seguridad el éxito del cuadro futuro?

Cultor de la verdad, conforme era Blanes, ésta, según dijo después en su "Tesis" presentada a la Sociedad Ciencias y Artes de Montevideo constituyó el lado más esquivo de la empresa y fué causa de muchas vacilaciones: "la crónica de los sucesos no le servía con certidumbre y los recuerdos que conocía de boca de algunos autores eran algo confusos para el arte".

Había rechazado siempre la excusa del desembarco por los inconvenientes de la hora nocturna en que tuvo lugar, que obligadamente exigiría licencias de fantasía inadmisibles para su temperamento.

El momento de la arenga o proclama de Lavalleja, dirigida en la mañana de la cruzada y a sol alto, antes de ponerse en movimiento para entrar en acción se desechó por falta de la elemental unidad exigida por las reglas artísticas.

Un juramento, idea que siempre prevaleció sobre todas, se la tenían rebatida muchos de los consultores de capacitación a quienes gustaba oir, por tratarse de motivo idealizado, sin pie de fundamento real.

Tampoco existía noticia de la proclama, momento que aunaba cierto número de pareceres.

La lucha iba haciéndose cada vez más incómoda —transcribo conceptos del Maestro — y sólo cesó cuando una voz amiga fortificó sus opiniones con argumentos idénticos a los que lo llevaban a reconocerle más nobleza al juramento que a la proclama.

Convencido que es un principio artístico universalmente recibido que hay verosimilitudes preferibles a muchas verdades, nuestro pintor no vaciló más, decidiéndose por la escena del juramento en la cual convenían los predicados de *bella, conveniente y buena.*

*

Resuelto el tema, Blanes, para documentarse del natural, emprendió viaje por el Uruguay desembarcando en Nueva Palmira, de donde trasladóse a la estancia del Dr. Domingo Ordoñana, gran amigo suyo, en cuyo campo estaba situado el lugar del desembarco de Lavalleja y sus compañeros.

Acompañaban al pintor su hijo menor Juan Luis y el sabio botánico profesor José Arechavaleta, con quien lo unían lazos de mucho afecto.

Llegaron a la hacienda de Casa Blanca el 18 de abril de 1875, pues habíanse elegido para el viaje, fechas que, coincidentes con el episodio a pintarse, la altura del sol, y la gama general del paisaje circundante repitieran en lo posible la decoración natural de cincuenta años atrás.

El 19 de madrugada, a medio siglo justo del arribo de la expedición patriota, el Dr. Ordoñana llevó a sus huéspedes al rincón, medio escondido de la playa de la Agraciada, donde embicaron los lanchones libertadores de 1825.

Ordoñana tenía amojonado cuidadosamente de tiempo atrás el sitio donde la tradición y la noticia de los vecinos viejos fijaba como lugar del desembarco.

Todo parecía reproducirse en el escenario: Día de cielo intensamente azul con algunas nubes sueltas apenas; alborada serenísima; decoración otoñal en los árboles del monte; manso el gran río lamiendo el infrecuentado arenal.

Hizo Blanes unos cuantos bocetos sobre el terreno y se documentó con detalle acerca de ciertos árboles cuya vejez y naturaleza criolla certificaba Arechavaleta.

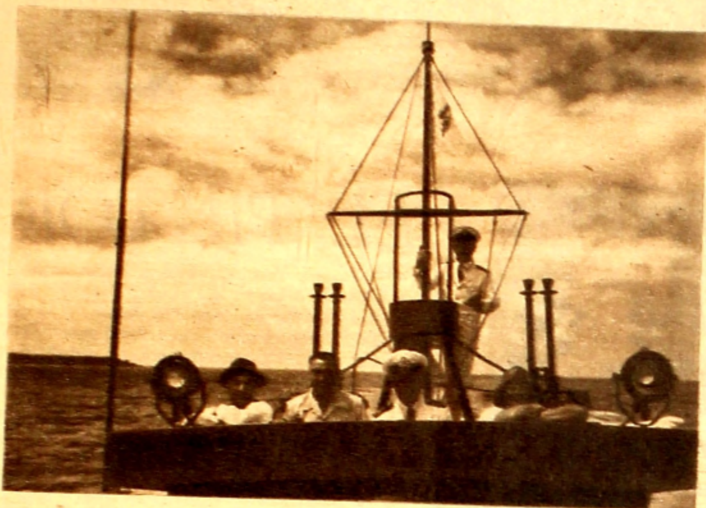
Año y medio llevó al artista su nuevo cuadro. La tela, en términos técnicos estaba "cubierta" en diciembre de 1877. Un año más tarde se exhibió.

J. M. FERNANDEZ SALDAÑA.

Visita al Este del Presidente de la República



Comando y dotación de la torpedera en la que el Sr. Presidente de la República realizó parte de su jira de observación por la zona Este.



En el puente de la torpedera, el señor Presidente de la República con el señor ***Marcos Batlle Santos,*** *el comando de la embarcación, y el señor Castelli Carafí. En alto, el Prefecto del Puerto de Punta del Este.*



Familiares y colaboradores del señor Presidente, que lo acompañaron a la Isla Gorriti.



Punta Ballena vista desde a bordo de la torpedera.

EL obligado asueto de la semana carnavalesca fué aprovechado por el Sr. Presidente de la República para realizar una jira de observación por la zona Este donde se está estudiando la instalación de la salinera de la costa de la Coronilla.

En una torpedera auxiliar de la aviación recorrióse la extensa y bellísima línea de nuevos balnearios, a cual más atrayente, bordeándose la isla de Lobos; y visitándose la de Gorriti, tan evocadora de fastos históricos destinada en la actualidad a vivero experimental, con especies de la flora y fauna ya raleadas y de las que se estudia la repoblación. Se interesó el señor Batlle Berres por esta obra, recorriendo la isla, haciendo algunas consideraciones sobre el destino a que podría ser ampliada, reconstruyéndose las baterías españolas desde la que se defendió a la plaza de Maldonado en 1806 contra la invasión del almirante Pophan, evocándose de alguna manera el paso de Solís, que la descubrió, y de Gaboto. La cercanía a la costa balnearia de Punta del Este, desde donde podría establecerse un servicio golondrina de embarcaciones a motor, a precios más accesibles que los actuales, y la instalación de un parador, darían a la isla una poderosa atracción turística, sobre todo si al elemento evocador histórico se agregara algún otro de carácter científico local, como podría ser un "acuarium" de especies oceanográficas, coincidiéndose de ese modo con las experimentaciones que ya se realizan en la flora y fauna terrestre.

Otras de las visitas señaladas fué la que realizó a la casa-museo del señor Francisco Mazzoni, en la ciudad de Maldonado, admirando la maravillosa colección de muebles post-coloniales tallados en el país con maderas indígenas, ricos en valores artísticos e invalorables como elemento evocador histórico, de que están ornadas todas las habitaciones con características exactas a lo que fueron las residencias en los albores de nuestra nacionalidad, respondiendo el edificio a la arquitectura con herrajes y maderas auténticamente de la época, pues fueron todas ellas halladas en excavaciones. Panoplias con armas de fuego desde la de chispa; armas blancas; etnografía; enseres, grabados, collares de indios; mascarones de proa; y así infinidad de documentos acopiados en una larga y provechosa vida de estudio por el señor Mazzoni, forman su casa-museo colonial, y más particularmente fernandino, por la que desfilan, como si fuera público, y en forma constante, visitas a las que, gran señor de la cortesía, el dueño atiende deferentemente.

El señor Batlle Berres y sus acompañantes estuvieron suspensos de las eruditas y amenas disertaciones del Sr. Mazzoni, que agasajó a sus ilustres huéspedes con licores hechos a la manera paciente de antaño, en colaboración con el espléndido sol, servidos al atardecer en el amplísimo jardín perfumado por jazmines y arbustos olorosos. Al despedirse el señor Presidente de la República manifestó con su reconocimiento al artista, que tanto había hecho por rescatar al olvido aquellos documentos del vivir de nuestros abuelos, su inquietud por que pueda el tiempo volverlos a dispersar, siendo de opinión que el Estado debiera empezar a preocuparse de ello.



Se llamó Isla de las Palmas a esta de Gorriti, por las que en ella había, y alguna queda.



Restiga de acceso a la isla Gorriti desde la que se divisa el resplandeciente balneario.



Una de las salas en la amplísima casa-museo, instalada, como todas las demás, con muebles, enseres, etc. relacionados con la historia nacional, y más particularmente con la tradición fernandina.



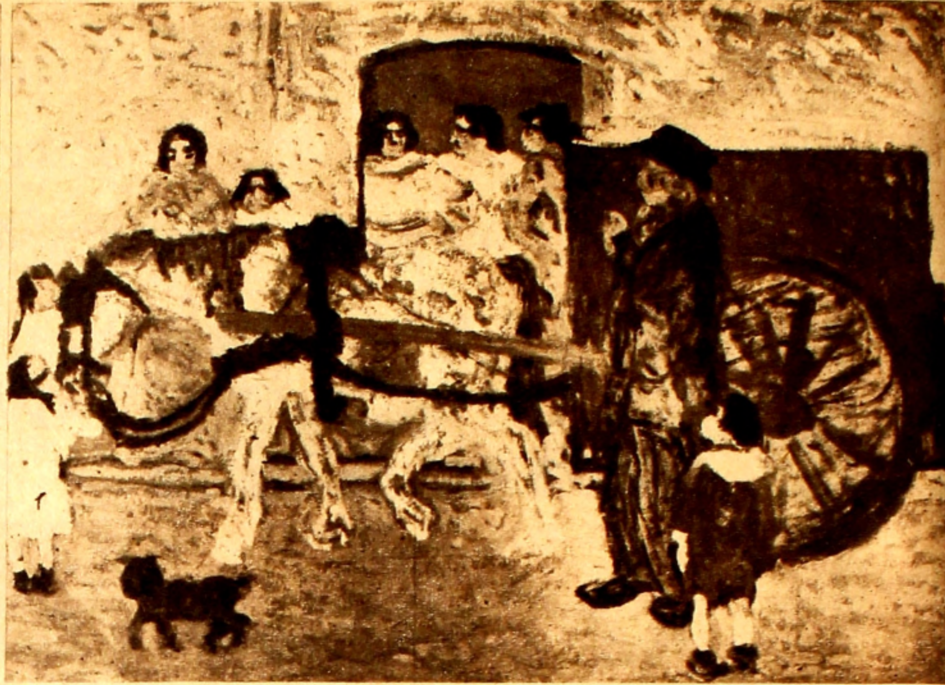
En la casa-museo del Sr. Francisco Mazzoni, quien diserta con erudición y gracejo sobre un histórico arcón de dobles paredes y fondos secretos.



El señor Presidente de la República en la que fuera portal del Cuartel de Dragones, en Maldonado, piedras rescatadas por el señor Mazzoni y levantadas en su casa-museo.



En familia



El organi

EL PINTOR JU



Baile criollo.

BASTO la hazaña de un solo hombre en el que habían coincidido la aptitud realizadora con la facultad del ensueño, para que se realizara el milagro de resucitar artísticamente una época de la que se tenía la voz poética y el acento musical, pero se había perdido la imagen colorista y el movimiento de sus personajes. Antes de que definitivamente desapareciera en el crepúsculo para incorporarse a la leyenda, Pedro Figari pudo evocarla trasladándola a sus cartones, y fijándola definitivamente para el arte.

Con ardor juvenil, pero ya en la senectud, se dió afanosamente a la pintura y así fueron surgiendo exuberantes de colorido y ricas de expresión, escenas populares con sus negros burlescos en bodas y celebraciones: bailes gauchos e idilios camperos sobre campos todavía vírgenes, de un verde amarillo y cielos altos con nubes angélicas; estampas de señorío en casas de patios rosados con dinteles azules; candombes frenéticos y pericones de ritmo casi religioso. Todo un mundo de quimera y alegría, mezcla de gracia realista y encantamiento de ensueño.

Hasta ese instante, Pedro Figari había sido curial doblado en maestro. Tardó toda una vida en manifestarse pintor, y hubo de pagar, naturalmente, el tributo que todo artista debe a la incomprensión, sufriendo la befa. Los años de su vida fueron suficientes, sin embargo, para sentir el calor de la gloria, habiendo podido exclamar, estampándola al dorso de uno de sus autorretratos, la frase de Corregio: "anch'io sono pittore".

❖

La referencia a Pedro Figari es absolutamente ineludible para enfocar la obra pictórica del hijo, pues estuvieron tan intimamente ligados en lo artístico y en lo afectivo, y fué tan exactamente adecuado el espíritu del padre con el del hijo, que bien pudo decirse de ellos con razón "que habían nacido el mismo día para el arte", como si una sola alma hubiera podido esconderse en dos cuerpos para recibir al unísono el nuncio revelador de la par aptitud. Esa colaboración ha sido descrita en páginas brillantes por uno de los exégetas de mayor sabiduría de la obra de Figari, el arquitecto Carlos A. Herrera Mac Lean, que estuvo intimamente vinculado a los que llamó el "binomio Figari".

—"Llama alentadora que a la inversa, va del hijo al padre. Este con el fardo de dramática experiencia; aquél con la juventud en frenesí. Y se entregan juntos a la obra. Mas el que crea, no es el joven, es el viejo. Mas el que critica y alienta, no es el viejo, es el joven. Y así se da cumplimiento a aquella ansia inasequible que reclama el proverbio francés: "Si vieillesse pouvait; si jeunesse savait". La vejez podía, la juventud sabía. Y en ese trueque de

funciones
creando,
cano de
Pero t
obra del
tro, abra
obra que
concepto
vo". Y el
—"No
realidad
sueño. A
burlesco
"las chis
vivo en
lor: "las
sentido e
nos. Hay
ror de la
de las m

Dedica
donó su
de ideal
mente su
luta y to
sele por
templánd
pia la de
creador e
podía sup
mozos pa
sabía efí
nerse que
sión el p
dor de la
lo conduc
dose una
tivas, y l
propia ru
que habrí



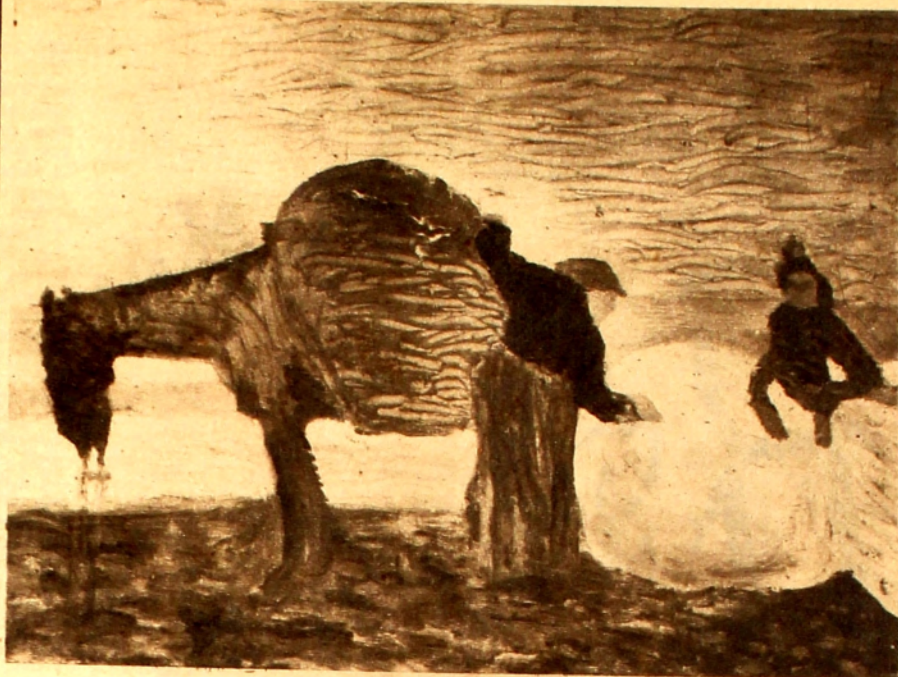
En el conventillo



Las planchadoras.



Despedida



Lavanderas

N CARLOS FIGARI CASTRO

ud aleccionando y vejez
prodigioso poema ameri-
a de Figari".
nace, al mismo tiempo,
Juan Carlos Figari Cas-
el mismo fuego creador,
de la del padre "por un
ino a la vida, más objeti-
crítico agrega:
e el hijo mordió más la
dre se endulzó más en el
uan Carlos más irónico y
ndombes, más hiriente en
"las comadres", y más
de cuadros de gran va-
s". Pero con concepto, en
aeron a un tiempo herma-
que no se sabe si salie-
sarmentosas del padre o
aves del hijo".

✣

completo al padre, aban-
de arquitecto y la carga
una arquitectura típica-
ana, en una entrega abso-
obra paterna, consagrándo-
ara comunicarle fortaleza.
ma. La obra pictórica pro-
npleta, apagando su fuego
unciamiento generoso que
nporario, ya que sus años
rometerle el tiempo que
ra el padre. Puede supo-
viera exento de esa deci-
de un alejamiento libera-
sa influencia paterna que
semejanza artística. dán-
que le procurara perspec-
madurez para sondear su
scubrir la propia estrella
aducirlo.

Pero el tiempo no dió para más. Una tarde, después de preparar en París la exposición de la obra de su padre, ya famoso, se fué hacia la muerte. Y la obra propia quedó inconclusa en aquellos cuadros primeros que, pese a todos los contactos visibles con la del precursor, acusa una auténtica personalidad, y está indudablemente animada de otro pensamiento y de otros propósitos. No es necesario que se cotejen una y otra obra para advertir hasta qué punto la semejanza no es réplica, sino una misma fe, y tal vez una igual técnica, pero desde luego un distinto mensaje que comunicarnos.

Un azar feliz nos ha permitido conocer parte de esta obra que está en las manos vestales de la Sra. Delia Figari Castro de Herrera, resultando inexplicable que haya sido eludida al contacto con el gran público, no habiéndose nunca expuesto, que sepamos, desconociéndose por los más la existencia de un artista al que deliberadamente no queremos adjetivar para que el juzgamiento lo pronuncien quienes tengan autoridad magistral para ello. Para nosotros nos basta el gozo emocionado de su contemplación.

Colorista más suave que la paleta paterna, modela y mantiene una fisonomía más realista deshumanizando la realidad para idealizarla. De los asuntos que trata se desprende ese algo imponderable, sustancial y necesario, lírico y emocional, que interpretan la vida criolla y el lento sufrir de las clases humildísimas. Es por lo tanto una obra con valores humanos, con gran sentido social, y aguda penetración psicológica. Juan Carlos Figari Castro debió trabajar su pintura con laboriosa eliminación de lo supérfluo para quedarse sólo con los rasgos precisos, dando por un detalle elocuente la revelación del alma de sus personajes, al mismo tiempo que el estado de conciencia colectiva en los cuadros de ambiente. La mímica característica, el gesto definitivo, denuncian la fanfarronada de "el payador" y la suspensa atención de quienes lo escuchan; las manos tendidas de la "Despedida" fijan la angustia de los enamorados; y así en cada uno de los cuadros, donde basta una pincelada para darle intención irónica o sentimental al conjunto de figuras, ricas de colorido, a las que la mano del artista ha dado el toque de gracia de la vivencia con rapto lírico...

✣

Esta es la obra que espera ser revelada al público. Alguna vez habrá de considerarse que, junto a su valor artístico tiene esta obra, como la del padre, un valor documental, y que si bien les corresponde la dignidad del museo, habrán de tener su ubicación definitiva en alguna de esas casonas coloniales rescatadas por el Estado como monumentos de arquitectura colonial.

Entre la obra de Pedro Figari, figura un tríptico patético que es lo último que pintó. Está dedicado a la memoria del hijo, y son tres escenas de entierro. Al dorso lleva escrito: "Abrumado por mi pena concebí un tríptico que ofrecí a la memoria de Juan Carlos", y lo firmó en Montevideo el día 13 de junio de 1934.

Con esta ofrenda quedó para siempre cerrada la obra del "binomio Figari". Paleta y pinceles que fueron mágicos, nunca más volvieron a tocarse.

Nacidos ambos el mismo día para el arte, murieron, padre e hijo, el mismo día para el arte...

AMARUX.



Juan Carlos Figari Castro



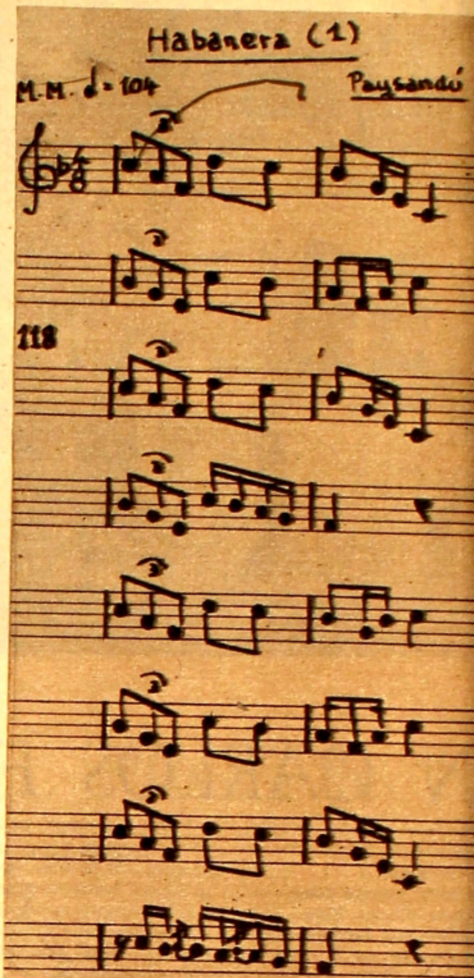
El payador.



Chacarera

DEL FOLKLORE MUSICAL URUGUAYO

LA HABANERA O "DANZA"



SE ha hablado hasta el cansancio de que la Habanera engendró a la Milonga y que ésta a su vez al Tango. En realidad, en todo ello hay una fundamental equivocación de parentesco: confundir paternidad con hermandad. Creemos firmemente que la Habanera y la Milonga son congéneres y que el Tango es también un hermano de ambas, pero de menor edad.

Veamos en primer término lo que nos dice la cronología en nuestro medio ambiente. Entre 1860 y 1890, se vive en el Uruguay el auge de la Habanera como en todas partes de América y en Europa. De acuerdo. Pero también es verdad que en 1889, el periodista montevideano Ricardo Sánchez publica en el célebre "Almanaque Sud-americano" su artículo "El Milonguero" que reprodujimos en parte en el último comentario sobre la Milonga que apareció en el Suplemento de EL DIA el día 25 del pasado mes. Sánchez subtitula a esta crónica con la significativa y nostálgica frase: "Tipos que se van". Hay además fidedignas referencias de Milongas de ese período; es decir, que el momento de auge de la Habanera en el Uruguay es también el período de auge de la Milonga. La verdad es que ambas en nuestro medio, homologadas en el tiempo, forman un estrato común que se extiende desde el Río de la Plata hasta las Antillas, bordeando la costa del Atlántico. Es el vasto sedimento popular que Carlos Vega definió con el nombre de "Cancionero Oriental". En la primera mitad del siglo XIX florecerá en Cuba al través de la Danza, en el Brasil al través del Lundú y en el Río de la Plata apenas unos años más tarde al través de la Milonga. En el siglo actual se llamará Habanera en Cuba, Maxixa en el Brasil y Tango por estas latitudes. Todas estas especies no se suceden o desplazan las unas a las otras; conviven en el mismo tiempo porque son hermanas todas ellas; hermanas mayores y menores como aquellas que se llevan lógicamente entre sí, distancias de tiempo en la edad. Y son hermanas porque participan del mismo sistema tonal, del mismo sistema rítmico, del mismo sistema morfológico. No se oirán en ellas jamás una escala pentatónica o una insistencia de "cuarta aumentada".

LA HABANERA EN AMERICA Y EN EUROPA

Las primeras Habaneras de Cuba llamadas "Danzas Habaneras" datan de 1825. Según Otto Mayer-Serra en su "Panorama de la música mexicana", en el año 1836 aparece la primera Habanera impresa intitulada "La Pimienta", "contradanza de inspiración cubana en la Ribera del Hudson" (sic). En esa época la Habanera ya estaba en Europa; consigue allí su prestigio social y es irradiada de vuelta a América por París como pieza de salón y por Madrid como pieza cantante en la zarzuela. Un europeo colaboró en su prestigio y popularidad: el caballero Sebastián de Yradier, nacido en Alava en 1809 y muerto en Vitoria en 1865. El español Yradier fué autor de la célebre Habanera "La Paloma" de tanta popularidad en Méjico durante el Imperio de Maximiliano, y de "El Arreglito", que publicó en Madrid en 1840, y que Bizet tomó más tarde textualmente para su no menos célebre Habanera de la ópera "Carmen", creyéndola de origen popular y anónimo español.

A mediados de 1850, la Habanera retorna de Europa y se extiende por toda América. En 1866 se publica en la Argentina la primera Habanera, "Flor del aire", de Alejandro Paz. De esa fecha datan también las primeras Habaneras de autores uruguayos.

LA HABANERA EN EL URUGUAY

Pasado el 1860, la Habanera penetra en nuestro país por el salón y por el teatro. Antes de esa fecha no figura jamás en las numerosas listas de las piezas de baile de





Carátula de la Danza o Habanera de Prudencio Montagne que se obsequió a los suscriptores de "El Indiscreto" de 1885.

los salones montevideanos ni en las zarzuelitas que se dan en la Casa de Comedias.

En 1870 nuestra capital recoge con alborozo una de las más famosas Habaneras de la época que lleva el título de "Me gustan todas". Todo Montevideo canta y baila esta página cuyo recuerdo aún sobrevive con extraña longevidad. Si el lector de más de treinta años de edad lanza una mirada a la versión que transcribimos en el presente artículo, no podrá menos de sonreír al recordar que alguna vez también la tarareó. Fué tal la impresión que esta obra provocó en Montevideo, que el periódico de sátira política "La Ortiga", en su número del 14 de abril de 1872, publica una parodia de su letra bajo el siguiente título: "¡Se acabó la mogolla! Danza de actualidad. Música de Me gustan todas".

En 1860 el argentino Juan Cruz Varela, radicado por tantos años en Montevideo, publica en Buenos Aires un largo poema en verso intitulado "La pecadora arrepentida". Diez años más tarde, Dalmiro Costa, el músico uruguayo mejor dotado del siglo XIX, da a conocer su Habanera homónima inspirada en esta obra y dedicada al escritor amigo. "La Pecadora" de Dalmiro Costa, una lujosa página de magnífica escritura pianística, recorrió triunfal por toda América. En nuestro archivo tenemos versiones de esta obra de Dalmiro, con pie de imprenta del Uruguay, de la Argentina, del Brasil y de Estados Unidos; sabemos también que fué impresa en Alemania y en tres o cuatro países más. Varios años más tarde, Chabrier escribió una hermosísima Habanera cuya melodía recuerda visiblemente la de nuestro compatriota. Sin extraer peligrosas conclusiones, solamente dejamos constancia de este hecho.

En el último cuarto del siglo XIX, Montevideo abundó en Habaneras de autores nacionales. Destacamos entre ellas las de Eduardo Reynaud: "Venid, Venid" y "Los Leones"; las de Ramón Ubach: "Dame un mate", "Mi esperanza", "No sea sonso", "Un suspiro", "No me moje" y "La brisa"; la de Prudencio Montagne: "Recuerdos de Minas"; la de Francisco Capella: "Elina"; la de Francisco Seguí: "Angelita"; otra, en fin, del mismo Dalmiro Costa intitulada "Sueños" que dedicó al Dr. José Ellauri y que imprimió ricamente la litografía de Mége.

LA HABANERA CAMPESINA LLAMADA DANZA

Muerta hoy como danza social, la Habanera sobrevive en el Uruguay en el acordeón o en la guitarra campesina, como especie que se ha folklorizado. Hemos recogido una buena cantidad de ellas.

Corre bajo el nombre de "Danza" que fué justamente el primero que tuvo en su país de origen, y su forma es muy simple. Consta de dos semi-períodos iguales, de cuatro frases cada uno (16 compases en total) que se repiten una vez en el clásico orden AA-BB. Su acompañamiento tiene una fórmula madre y dos variantes que se presentan de la siguiente manera:

Acompañamiento de Habanera

Fórmula madre:

1)

Variantes:

2)

3)

Habanera (2)

♩ = 92

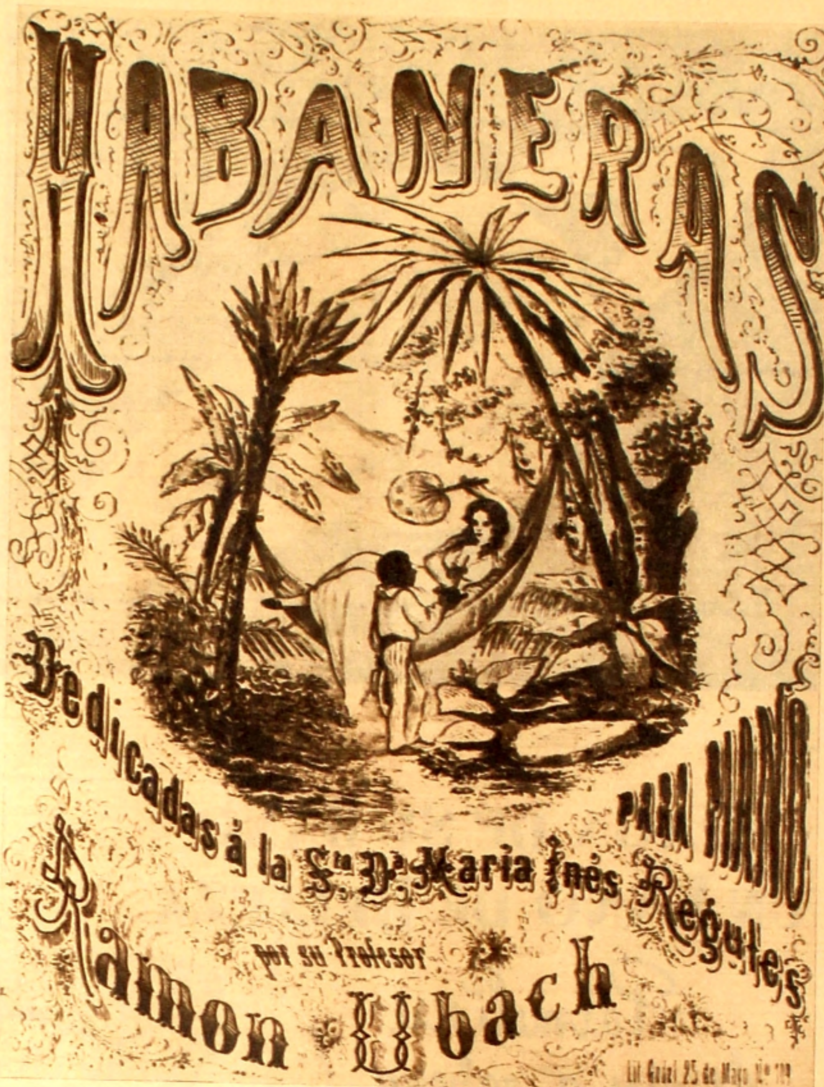
Trinidad

I

Fine

II

2ª vez: D.C. al Fine



Carátula de las Habaneras de Ramón Ubach publicadas en Montevideo alrededor de 1880.

Publicamos hoy dos ejemplos representativos de la Habanera en el ambiente rural uruguayo:

Habanera (1). — Lleva el número 118 de la colección y fué tomada al músico popular sanducero Atalibio Ribeiro quien la ejecutó en acordeón de dos hileras. La mayor parte de las frases se inician con el clásico "tresillo" característico de la Habanera.

Habanera (2). — Fué recogida en Trinidad, de Concepción Carbajal de Chaves, anciana de 85 años de edad oriunda de El Perdido (Departamento de Soriano). Doña Concepción, excelente acordeonista de fresca memoria, nos registró entre otras un curioso Cielito, que es una de las especies ya extintas en nuestro ambiente. La presente Habanera tiene una cierta gracia voluptuosa en la curva de su melodía. Presenta además el hecho notable de que su segunda parte se halla en el relativo menor, lo cual le proporciona una mayor riqueza modal a toda la pieza. Su estructura es más compleja que la anterior, puesto que al retornar a la primera parte para terminar en el tono fundamental, su fórmula se presenta de la siguiente manera: AA-BB-AA. Lleva el número 324 de la colección del I. de Estudios Superiores.

Lauro AYESTARAN.

Fed /98

LA PECADORA ARREPENTIDA.

POR

JUAN CRUZ VARELA.

Por todo lo cual te digo: Que le son perdonados sus muchos pecados porque ha amado mucho: que ama ménos aquel á quien ménos se le perdona.

(Palabras del Cristo sobre la Magdalena.) Evangelio de San Lucas, Cap. 7.º § 47.

BUENOS AIRES.

Imprenta de La Tribuna, calle de la Victoria núm. 31:

1860.

Portada del poema de Juan Cruz Varela que inspiró la célebre habanera de Dalmiro Costa "La Pecadora".

Al Poeta Argentino JUAN CRUZ VARELA

La Pecadora

Danza Característica de Salon

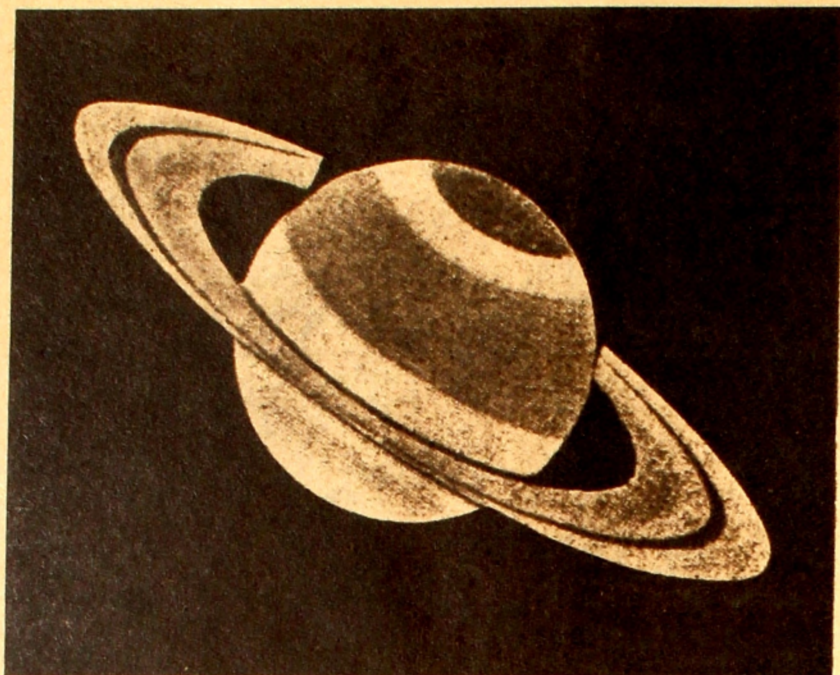
Dalmiro Costa

Propiedad del Autor

F. G. HARTMANN B. AIRES, Florida 201

Una de las primeras ediciones de "La Pecadora" de Dalmiro Costa publicada en Buenos Aires.

Ante el vuelo de los universos



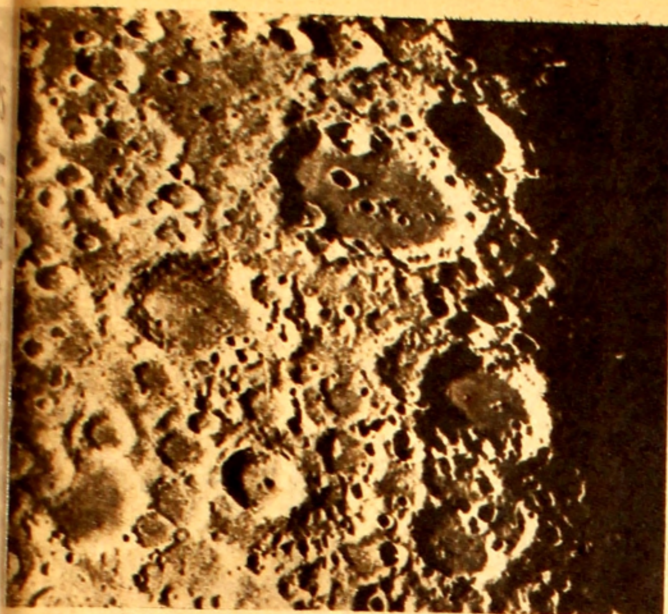
Aspecto de Saturno en setiembre de 19[illegible]

NUBES plomizas movidas por un alto impulso eólico, cubren, viajeras, el violento disco del Sol. El celeste arquero las hiere con sus dardos, y a veces, como de un trágico hachazo, desgarra las túnicas de las acuosas peregrinas, y por la herida del desgarramiento, lanza su fulgor hacia la tierra, cual un rugido de fuego que abre el espesor de una selva. Es éste un viejo drama cósmico, que los pueblos antiguos convirtieron en emocionados mitos.

Estamos en una orilla del mar. Vuela huracanado el viento, y a su silbante alarido se abraza la sinfonía del oleaje. Nos amparamos bajo un rugoso peñasco que apoya su pie en las rocas desgastadas por las ruedas del agua, y, ensanchándose como una elipse, erige los contornos de un árbol de piedra. Miriádicos cristales de sal albean las musgosas oquedades de las rocas. Agua y espuma saltan por instantes hasta nuestro rostro y nuestras manos. La distancia oceánica es gris y uniforme, elástica llanura donde las ondas se suceden en diáfanos pulsos. Hacia el Sur, los relámpagos corren como deseos, y con los latidos de su luz deslizan de un oro instantáneo los perfiles femeninos de las nubes. De horizonte a horizonte nuestro mundo parece cubierto por un escudo gigantesco. Los negros corceles de la tormenta comienzan a fatigarse, y rendidos de su carrera, van, remotamente, inclinando sus cuerpos sombríos, mientras las rachas suavizan los látigos de su locura. Duermen aún el color del mar y el iris de la tierra. Mas de pronto el sol cenital horada el escudo del nublado. Una puerta azul se abre en las alturas, y un río de luz corre por el aire, crea una enorme esmeralda en el pecho del océano, y se precipita en el líquido hasta estremecer los profundos laberintos de las algas. Ese círculo glauco vuela hacia nosotros sobre el ala de las olas. Saltamos a la orilla para recibirlo a plena faz. Sabemos que nos trae un mensaje maravilloso. Allí por donde pasa arde el color, como un alma, sobre las nerviosas espumas. Ya estamos adentro de su resplandor. El choque del sol y los nervios es como un chasquido vital. La tierra y el agua, al igual que nuestro cuerpo, abren sus poros anhelantes para recibir el mensaje celeste. Ese, que llega y habla, es el fuego. Es la emanación de un incendio cósmico, el prodigio de un astro, esto que está vibrando sobre la ola, sobre la arena, sobre el peñasco, sobre nuestra viva piel de hombre; y nuestros ojos toman contacto con la llama sidérea, y conducen, por adentro, hacia la frente, la imagen y el pensamiento de una estrella.

El escudo de las nubes cede ahora por todas sus distancias, y el fulgor va ensansanchando su imperio, como águila que en el alba de oro, cada vez más audaz, dilata sus serenos círculos. Brumosos y vencidos huyen los nublados. Muy pronto el cielo nos maravilla con su diáfano azul, entero y unido. En el centro, el Sol irradia inalterable. No existe para nosotros luz más verdadera, más profunda, más generosa. Helios la desprende hacia el infinito por todos sus radios, al proyectar desde su hoguera cifras vertiginosas de fotones. El espacio se abre dócil a ese pulso sublime. La estrella vive joven y extraordinaria. Arde desde millones de años. Su resplandor no cesa. Llena de sí misma las distancias con su energía delirante. Sus nueve hijos vuelan en el imperio de su resplandor. Por el ámbito que lo rodea, avanza hasta remotísimos abismos su oleaje vibrante. Forma una esfera inmedible en torno de su propia esfera. Día a día, nuestro planeta se baña en esa luz que llega hasta él después de atravesar ciento cincuenta millones de kilómetros, a una velocidad de trescientos mil por segundo. En ocho minutos la luz ha saltado desde el padre hasta el hijo, desde el ojo cósmico de Helios al ojo efímero del hombre. Pero entre el presente de la imagen que se ha desprendido del Sol, y la sensación captada por nuestra retina, fluye un extraño enigma del tiempo. Hemos convertido en presente una presencia que ya ha dejado de ser. A cada pulso del astro, el astro es otro. Bastan esos ocho minutos para que haya transfigurado su realidad, y más, siendo fuego. Entre la percepción de nuestra sensibilidad y el mensaje recién emanado de la estrella, nunca habrá simultaneidad. En las grandes distancias astronómicas, vemos siempre aquello que ya fué, y nunca aquello que ahora es. Tal la paradoja del presente ante la visión del universo.

¿Imagináis el salto de la imagen solar? ¿La veis desprendiéndose en la luz? ¿Consideráis el enorme disco disminuyendo su radio de setecientos mil kilómetros, a medida que crece su viaje, de tal modo que cuando lo percibimos es tal que lo podríamos abrazar sobre nuestro pecho? ¿Y aún así creéis que estáis percibiendo al Sol verdadero? En el vértigo de esa luz que vuela a razón de trescientos mil kilómetros por segundo, ¿cuántas nuevas presencias del astro no han emanado ya, rozándose unas a otras, y colocándose,— láminas sucesivas — como en un tubo que viene a desembocar en nuestros ojos? Cada instante que muere en las estrellas, cada latido de sus corazones cósmicos, cada imagen prendida a su fulgor, parecerían buscarnos para no extinguirse sin denunciar antes, en la revelación de una conciencia y en la limpidez de un pensamiento, el fluir infinito de su energía. Testigos de ese prodigioso drama, la creación entera se nos aparece como un escenario levantado en la soledad de sí misma, y en donde los seres vivientes, capaces de los procesos espirituales, pareceríamos buscados por los mundos para imprimir en nuestros nervios ese poema de la actividad universal, perdido en su ser, y que sólo se hace revelación y logos, cuando el canto de la luz penetra en la sed de las pupilas. Y en esa forma podríamos decir que el universo se justifica de su propia esencia, asociándose a algo terrible, ansioso, trágico a veces, a algo que siente, que goza o



Parte de la Luna, cerca del Polo



La Luna, destacándose el gran cráter Copérnico

sutre, que intuye o piensa, rasgando con la idea sublime de los velos prodigiosos del sueño infinito de las cosas. Y así cual los mensajes acuden en segundos, en años, en siglos, llega con ellos el verbo de la luz, y entra al hombre, que inclina su frente misteriosa y trasmuta en belleza y pensamiento, en música y en número, en palabra y geometría, el vuelo del ser universal.

Ahora estamos ante la noche. Perdido el Sol para nuestros ojos, después de sumergirse tras la herida purpúrea del horizonte, las sombras se hicieron en las altas distancias, y las estrellas comenzaron a deslizar por ellas los delicados hilos de su luz. Cada punto estelar se irradió en infinitas líneas, y el hombre tendió por ellas su sed, para beber en sus fuentes el sublime lenguaje de la noche. Desde viejas edades, para no perderse en el laberinto de los mundos, había dibujado los mitos, las leyendas, los seres reales e irreales que los sentidos y la imaginación sellaron en las galerías misteriosas de la memoria. ¡Ah, de qué modo la pupila puede recoger la revelación del universo! La luz — pensamiento del fuego — no se detiene nunca. Cada hoguera sideral es como una grieta encendida de la sombra que se vierte sin fin en todas las direcciones y los tiempos del infinito. Cada mundo se proyecta hasta agotar las intensidades dinámicas de sus fotones. El espacio está abierto en incalculables caminos para esas incalculables carreras de los corpúsculos luminosos. Imaginad los finísimos hilos que emanan de las devanaderas de los astros. Imaginadlos evadidos de la gravitación, huyendo sin fin, sin fatiga, creando una trama movible que avanza impulsando, en imágenes vertiginosas, los tapices que se desprenden en cada instante, desde la innumerable astralidad. Imaginad el movimiento incesante de ese vuelo de la luz, de ese desprendimiento tentacular del fuego, de esa irrupción de energía que hiende millones de kilómetros en millones de siglos, imaginad las hogueras titánicas girando sobre sí mismas y desenvolviendo sus órbitas ardientes sobre la claridad de las universales geometrías, y entonces tendréis ante vuestra emoción y ante vuestro pensamiento la sinfonía del fuego, la tremenda descarga con que la fuerza bate y horada los flancos de la sombra.

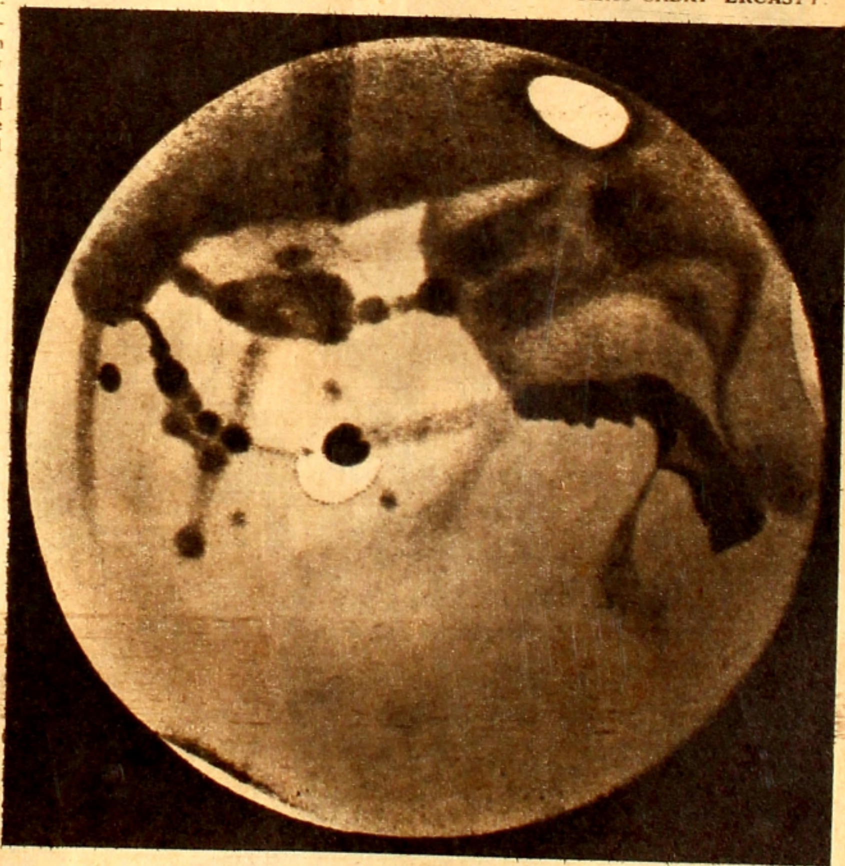
Cuando pensamos y hablamos de nuestro sistema solar, aun nos sentimos demasiado cerca. Aunque el sol nos confunde y nos marea con sus cifras, otros números acaban por desesperarnos, de tal modo crecen y sobrepasan la percepción directa de los hechos que los cálculos ciñen con su maravillosa exactitud, pero que están desarrollados dentro de una escala que aniquila la de nuestros sentidos. Trasladémonos más allá del más lejano planeta, volemos cuarenta millones de millones de kilómetros, y entonces rozaremos con nuestra mirada a la estrella más cercana a la tierra, la Próxima Centauri. Estamos con nuestra sensación a doscientas setenta mil veces la distancia del Sol. La luz que nos trae la imagen de ese astro ha tardado poco más de cuatro años en llegar a nuestros ojos. Pero si ahora pasamos a Sirio, duplicaremos la distancia, y el fulgor que nos revela habrá corrido poco más de ocho años en llegar del fuego de la estrella a nuestras pupilas. Su luz es setenta mil veces más intensa que la del mundo anterior. Los mensajes luminosos de Aldebarán, de Rigel y de la Espiga, atravesaron 54, 163 y 336 años respectivamente, para vibrar en nuestra retina. ¡Qué próximos nos sentimos ahora, hombre a hombre, mar a mar, ciudad a ciudad, sobre la pequeña tierra! En nuestro mundo toda luz es instantánea, de tal modo sus dimensiones carecen de grandeza. Si nos alejásemos de él, sus imágenes, sus realidades, sus guerras, sus bienes, sus conflictos, sus oposiciones, se irían estrechando de tal modo, que por fin el amor y la discordia se confundirían en un punto sólo visible hasta una reducida distancia astronómica. Y si calculásemos nuestra vida según la vida de los universos, no alcanzaríamos a llenar el más efímero latido de la creación. Y no obstante, nuestra sensibilidad trabaja sobre datos tan misteriosos y tan apropiados a nuestro destino, que muy pocas veces comprendemos la realidad como algo exterior a nuestras limitadas percepmos, no según las inmensas realidades cósmicas, sino según las pequeñas medidas de nuestros deseos, de nuestras ambiciones, puesto que de no ser así, de no utilizar las breves herramientas terrestres y humanas, y los sueños creados por nuestros sentidos, caeríamos deshechos ante la devorante potencia del infinito.

Pero aún no hemos agotado la orgía de los números. Quedan las poderosas profundidades, los océanos ilimitados desde donde también el fuego nos trasmite sus signos viajeros, y hacia donde aun la frente del hombre enfila sus cálculos, para tocar, con el espíritu, los postreros incendios de la creación. Si pasamos a las nebulosas y a los cúmulos estelares, nos encontraremos, acaso, con la pequeña nube magallánica que abre su energía al sur de la constelación del Tucán. Su distancia con respecto a la Tierra, nos amenaza los vuelos de la imaginación, pues la luz de esa nube de estrellas invierte noventa y cinco mil años en rozar nuestros ojos. Y como para producir el vértigo de las entrañas siderales, anotemos que la nebulosa treinta y tres M del Triángulo, no nos hace llegar su mensaje hasta después de ochocientos cincuenta mil años de haberse desprendido de esa gigantesca ciudad de astros. A su vez la imagen de la Gran Nebulosa treinta y uno de Andrómeda, tal vez el más sublime paisaje cósmico, se vierte en nuestros nervios cuando ha atravesado el espacio durante novecientos mil años luz. Y aún la placa fotográfica, más sensible que nuestros ojos, sorprende, por ejemplo, en la constelación del Pegaso, un cúmulo de ciento sesenta y dos nebulosas, separado de nosotros por una peregrinación de cien millones de años-luz.

Lo que en nosotros es el hombre, permanece ahora consternado. Nuestra fantasía se ahonda vanamente, y viaja en inútil vuelo para captar esos abismos insondablemente terribles para nuestras percepciones terrestres. ¿Qué es lo que vemos en cada estrella? Y más aún, ¿qué es lo que contemplamos en cada nebulosa? Nos dilatamos en la medida de nuestros números y de nuestros sueños, tomamos de nuestra Tierra sus minúsculos elementos para crear la arquitectura de esas distancias y de esos universos, horadamos las tinieblas con el filo de nuestros nervios, pero aun así, la grandeza última, la majestad suprema de esos panoramas, nos llegan tan empequeñecidas, que a pesar de todo lo conquistado en esa epopeya sublime, no podemos menos que confesar las mínimas posibilidades de nuestra sed. Ah, ¿qué tiempo vivimos frente a la noche, cuando a ojo desnudo, o mediante el telescopio, sondeamos las imágenes que emanan, maravillosas y tenaces, hasta nuestra percepción¿ ¿Qué misterio es el de esa luz invencible, cuyos vibrantes corpúsculos horadan las sombras de la infinita esfinge? Contemplamos luces nuevas y luces antiguas. Radiaciones que saltan en minutos, en años, en miles de años, en millones de años. La eternidad se ahueca, se extiende prodigiosa, se sumerge en nuestro espíritu, no ya como una idea o como un sueño, sino como una inexplicable presencia. Nuestro breve tiempo de hombre parece crecer hasta la locura al recibir esos mensajes anteriores a nuestra vida, y a veces, a la vida y a la existencia de nuestro propio planeta. La imagen que nos llega como una realidad de lo que fué, nos trae el presente verdadero de una estrella o de una nebulosa. Entre el presente de la imagen que se desprendió del cuerpo cósmico y el presente de nuestra sensación, fluyó un tiempo enorme que los separa, y sin embargo, no sabríamos cómo elegir el auténtico entre uno y otro. Son dos instantes separados por millones de latidos del corazón del tiempo. La impresión de la nebulosa de Andrómeda nos hace testigos de un hecho ocurrido hace novecientos mil años-luz. Nuestro tiempo astronómico, al recibir ese fulgor, es miles de veces el de nuestra propia vida planetaria. ¿Pero cómo negar que somos los testigos de un acontecimiento cósmico que vino deslizándose por la luz, y conservando su presente y su presencia, aunque los siglos se precipitaron desde la eternidad para extenderse en la ruta que corre desde el cúmulo estelar a los extremos de nuestros nervios? ¿Cómo llamarle pasado a una imagen que recibo en este segundo de mi existir, y cómo llamarle presente a esta imagen que corresponde en el cosmos a una isla de mundos en permanente transfiguración? Presente y pasado parecen nociones demasiado humanas y excesivamente terrestres, cuando absorbemos los mensajes de los incendios siderales. Si miro a la vez cien estrellas distintas, recibo simultáneamente cien imágenes que por un instante de mi sensibilidad realizan en mí mismo un tiempo mío, pero a la vez me invade una serie de tiempos inconcebibles, cada uno con su luz, cada uno con sus años, cada uno con su duración, y todos ellos condensando en mi percepción la absurda unidad presente-pasado. Cada captación visual crea un presente, que existe en la luz, aunque ya no exista en el astro o en la nébula que lo ha emanado. ¿Qué habrá ocurrido en un cúmulo espiral que gira sin fin sobre un centro de gravitación que a la vez se desplaza en una fuga incesante? ¿Qué estrellas subsistirán? ¿Qué otros astros habrán tenido su alba inesperada y desconocida aún para nosotros? ¿Qué orbe habrá terminado el proceso de su luz? ¿A qué distancias se encontrarán unos de otros, esos mundos que forman una urbe de mundos? Lo que yo percibo ahora ha tardado novecientos mil años en impresionar mi retina. Lo que en este instante mismo ocurre en aquel enjambre de astros, sólo podrá ser percibido después de que transcurran otros tantos años. Y sin embargo, ese presente de la nebulosa viaja ya en su luz como una realidad contemporánea de mi vida, pero destinada a que mis ojos no puedan verla nunca. El pasado se ha convertido en presente, y a su vez, el presente se está trasmutando en futuro. He ahí la más extraña paradoja del tiempo astronómico. Quedo perplejo. Mis sentidos terrestres son cuerdos en la Tierra, pero padecen la más extraña locura, si, por los rayos de la luz sideral, quieren realizar las mismas experiencias que me son posibles en este mundo.

¿Habremos sutilizado demasiado? ¿La imaginación operó con excesiva libertad? El tiempo, como la materia, como la vida, como el espacio, como el espíritu, es uno de los más profundos y apasionantes misterios. Su esfinge es acaso la más sutil y enmarañada. Por el reloj pasa con una exactitud y una transparencia semejante al río sereno que corre siempre igual por una lenta llanura. Hemos creado, para medirlo, y para comprenderlo, un mecanismo humano, y lo hemos creado porque en nuestros nervios el tiempo es otra cosa, y porque en la luz portadora de imágenes y reveladora del movimiento, el enigma de la duración se ahonda demasiado, y siempre queremos, para mantener el equilibrio de la vida, aquellas cosas seguras y tranquilas que nos permiten perdurar en el claro sueño de la inocencia de cada día. Suprimir problemas es la clave de la seguridad, pero es una clave triste, como lo es toda resignación...

Carlos SABAT ERCASTY



El planeta Marte observado por M. Antoniadi

UN MURGUISTA



Dibujo de SIFREDI

El que le despertó el deseo de disfrazarse de noche fué el bizco Soria.

—Disfrazarse no es andar bobiando con muchachos chicos, todos conocidos... Ese no es un porqué. El hombre se disfraza por otras cosas...

Le cuenta que una noche bailó en la plaza con una mujer disfrazada y que después salieron rumbo al cerco de pitas del cuartel.

—No le ví la cara —agrega— pero te aclaro que era una mujer soberbia... Por eso te digo: el disfraz es un misterio... Vos mismo creés que sos otro...

✦

Es al negro Chulaco que le confiesa este deseo de andar de noche solo, disfrazado. De ser otro.

—Me voy a la plaza hasta las doce... Después bajo hasta "El Farolito".

—No te dejan entrar porque sos menor...

Le contesta que las caretas no tienen edad.

—Ta bien —responde el negro— pero cuando llegues allí no te animás a entrar.

—A las mujeres no les tengo miedo ni disfrazado ni de "particular".

Además tiene cuerpo de hombre y sabe ciertas cosas.

✦

Lo llama la madre al mediodía.

Allí está durmiendo de careta puesta. Un rasgón de la máscara deja ver el labio superior desgarrado. Un hilo de sangre, negro y espeso como hebra de lana, cruza el mentón y entra pecho adentro.

Se levanta. Se detiene frente al trozo de espejo que hace frente a la palangana.

—¡Que la peló!... Casi me come el labio...

La madre lo llama a almorzar.

—Ya voy vieja, es lo que contesta.

Del "máma" de días antes al "vieja" de ahora hay una distancia.

La que separa la plaza de El Farolito.

✦

Un mes antes de Carnaval, cuando las caretas empiezan a mirar la calle desde las vidrieras de las tiendas, Silván cambia de vida.

Se acuesta al amanecer, luego de los ensayos, de las pruebas para los torneos de mímica, de los bailes de "allá abajo".

A medianoche cierran las piezucha donde ensayan porque la policía da la pitada de silencio. Los compañeros salen disparados hacia los ranchos dormidos. El rumbea hacia los otros, los que cierran al amanecer y se abren en la noche.

—Este —dice el gringo Alberti, el hojalatero, al verlo regresar— vendió el sol para comprar la luna...

✦

Aquel año al terminar el Carnaval, Silván ganó la cama. Se supo después "que la enfermedad era un asunto muy serio".

La opinión de Chulaco, que va todos los jueves al hospital, es muy pesimista.

—Pa mí que tiene una bruta tuberculosi... Está seco, suda como un loco y tose blandito.

Es una tos que se le enreda en la conversación y le afloja las palabras.

✦

Están en el arroyo, festejando el primer día del año, que es por donde se mete el Carnaval.

Cierto es que Silván no está. Que es el rey de la mímica y el que los inició a todos en los misterios del Carnaval.

Pero resuelven iniciar los ensayos de la murga.

—Se le pone el nombre que le puso él, y le agregamos: Fundador Silván Rodríguez...

✦

Volvían de la plaza rumbo a la pieza a lavarse la cara —la máscara de tizne y pintura— para ir al baile de El Farolito, cuando les dieron la noticia.

—Fué a las seis... No lo dejan velar y lo sacan a las diez de la mañana. Estaba allá en la pieza negra que hay al fondo del hospital.

✦

De a pie, con la corona que tenía una tarjeta firmada por todos, llegaron al cementerio.

Los seguían algunos chicos de por allí, donde están los hornos de quemar basura y el cuzquerío —juguete de la morralla— pura sarna y lagañas.

Ellos iban a esperar a Silván.

—Lo trajo Vega, el del furgón. Lo levantó al salir del baile.

El hombre no iba a acostarse a las seis para levantarse a las diez. Total, termina, para el muerto es lo mismo.

Después les señaló un lugar entre el verdegal de achiras y rudas, donde hay una tierrita liviana y muelle escarbada de gorriones. Los acompaña.

El negro tiene deseos de hablar. De despedirlo con algunas palabras dichas frente a todos.

Lo interrumpe Siete Pelos.

—A los de la tierra no he visto nunca que le digan nada... Además los discursos se dicen cuando el finado está arriba, no abajo de la tierra... Después de enterrado no se puede...

Chulaco recuerda que al mucho tiempo de muerto Don Abelardo, el del local-feria, le habían dicho un discurso.

—Pero no fué al cuerpo —responde Siete Pelos— fué a un recuerdo...

✦

En la tarde la murga salió como de costumbre, pero cada murguista llevaba un crespón negro en el brazo...

Juan José MOROSOLI.

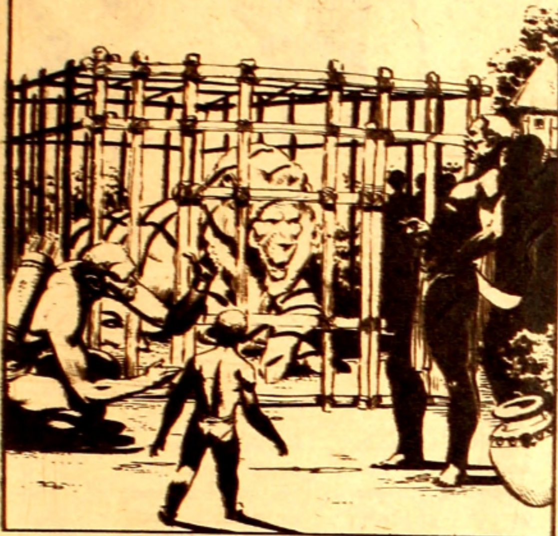
SOCIALES



Sra. Loreley Landinelli que ayer contrajo enlace con el señor Randolfo Scarone Gross.

Tarzan

por Edgar Rice Burroughs

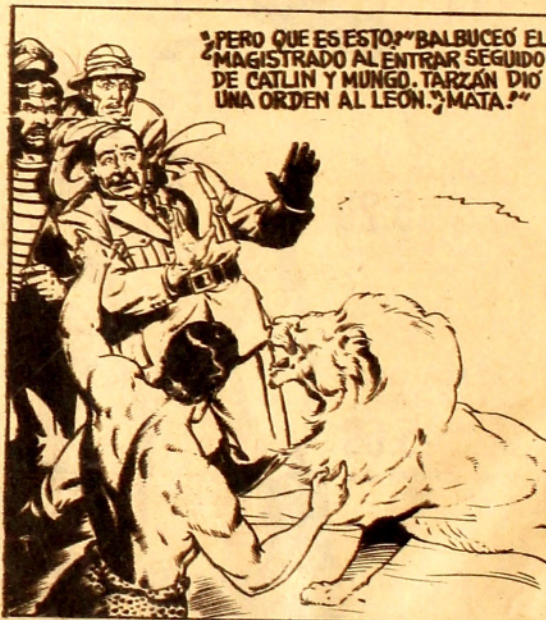






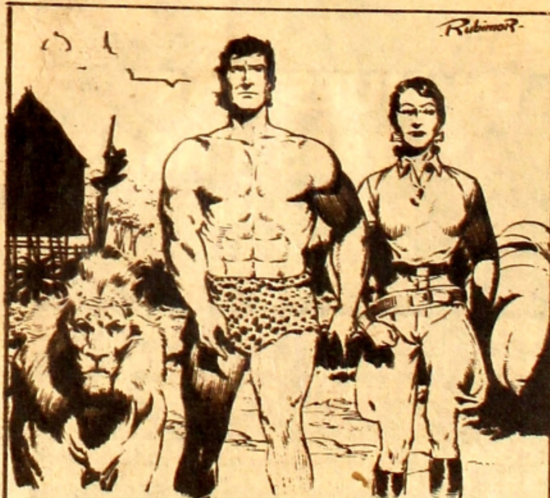












Casa Soler

SOLER HNOS. S.A.

SECCION NIÑOS

PARA EL NUEVO AÑO ESCOLAR

Todo Nuevo!

RECOMENDAMOS NUESTROS DELANTALES Y GUARDAPOLVOS EN MEDIDAS EXTRAS









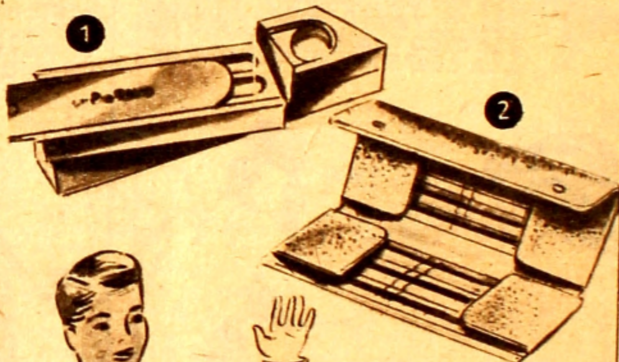
DELANTAL confeccionado en rico brin satinado, cuello festonado, talle 6 $ 8.70
Aumenta $ 0.70 cada dos talles

GUARDAPOLVO cruzado, elegante modelo en fuerte brin satinado, talle 6 $ 6.20
Aumenta $ 0.70 cada dos talles

TUNICA cruzada, modelo para profesionales, confeccionada en buen madapolán, talle 52 $ 10.50, 42 al 50 $ 9.80

TUNICA modelo especial para maestras, confeccionada en tela sanforizada, talles 52 y 54 $ 10.60 42 al 50 $ 9.80

1. ALCANCIAS de madera de 1, 2 y 3 pisos a $ 1.10, $ 0.90, $ 0.70, 0.40 y $ 0.28
2. ESTUCHE colegial en cuero imitación pecari $ 3.20 y $ 2.00
3. CARTERA para colegiales, en cuero lustrado, tamaño 22 x 28 centimetros $ 2.10
4. CARTERA para colegiales en cuero imitación pecari, tamaño 22 x 30 cms. $ 4.25
5. CARTERA para niñas en cuero imitación pecari, tamaño 25 x 35 centimetros $ 6.80
6. CARTERA de colegiales, en cuero imitación pecari, con porta-lápices exterior y cierre metálico tamaño 27 x 33 cms. $ 7.20
7. MOÑAS para colegiales en falletina de seda $ 1.25 y $ 0.95



DELANTAL en crea americana talle 6 $ 5.20
Aumenta $ 0.30 cada dos talles



GUARDAPOLVO en brin sanforizado, talle 6 $ 5.60
Aumenta $ 0.70 cada dos talles

GUARDAPOLVO en fuerte madapolán talles 6 y 7 $ 4.40
Aumenta $ 0.40 cada dos talles



DELANTAL en buen madapolán, con cuello festonado, talle 6 $ 6.50
Aumenta $ 0.50 cada dos talles

POR LICENCIA CERRADO TODA LA SEMANA DE TURISMO

EN NUESTRAS TRES CASAS

CASA MATRIZ
Av. AGRACIADA 2302
ESQ. M. SOSA

SUC. GOES
Av. Gal. FLORES 2341
Esq. M. BERTHELOT

SUC. CORDON
Av. 18 de JULIO 1601
Esq. CARLOS ROXLO

CLIENTES DEL INTERIOR EFECTUEN SUS PEDIDOS CONTRA REEMBOLSO

REDUZCA SU PRESUPUESTO COMPRANDO AL CONTADO